

**RAMÓN ÁNGEL JARA: UN HOMBRE SENSIBLE ANTE LA MISERIA DEL PROLETARIO**

RAMÓN ÁNGEL JARA: A SENSITIVE MAN AS REGARDS THE MISERY OF THE PROLETARIAT

Dr. Luis Duarte Duarte*Universidad de Valparaíso
Valparaíso – Chile
luis.duarte@uv.cl**FECHA DE RECEPCIÓN:** 02 febrero 2015 – **FECHA DE ACEPTACIÓN:** 15 marzo 2015

RESUMEN: En este artículo se analiza la vida y obras de un personaje que le tocó vivir la transición del siglo XIX al XX, época de gran efervescencia social en Valparaíso. Pues bien, Ramón Ángel Jara, designado por el arzobispo de Santiago Administrador Eclesiástico de esta provincia, despliega todos sus esfuerzos en procura de la organización de la clase trabajadora en una gran comunidad de auto ayuda, lo que logra gracias a una certera visión de la realidad obrera y a su sensibilidad social.

PALABRAS CLAVES: Rerum Novarum – Sociedad de Obreros de San José – Unión Social de Orden y Progreso – Cuestión Social

ABSTRACT: This article examines the life and Works of a person who experienced the transition from the XIX to the XXth Century, and period of great social effervescence in Valparaiso. Therefore, Ramón Angel Jara, designated by the Archbishop of Santiago as the Ecclesiastical Administrator of this province, made use of all his efforts in order to organize the working class into a great self-help community, which he managed to do because of his clear vision of the reality of the working class and his social sensibility.

KEY WORDS: Rerum Novarum – San Jose Workers Society – The Social Union for Order and Progress – Social Question

A través de este artículo queremos estudiar la biografía y el accionar de este personaje, que desarrolló su labor social en Valparaíso en la última década del siglo XIX, época en la que la crisis obrera se había agudizado, a causa, entre otros factores, a los problemas de la industria del salitre.

En efecto, nace un proletariado diferente al hasta entonces conocido, el agrario. Se trata de una masa proletaria numerosa, tremendamente esforzada, más organizada y más exigente, cuya actitud influye en otros grupos obreros, como en los portuarios, más vinculados con el salitre, también los de Valparaíso. En respuesta a estas inquietudes obreras, va a aparecer en la arena política el partido Demócrata, que tiene como motivación la defensa del proletariado, sobre todo con la presencia de Emilio Recabarren y Malaquías Concha, que propician la lucha de clases.

Por otra parte, algunos conservadores más sensibles a la cuestión social, bajo la influencia de la Rerum Novarum de León XIII, van a querer luchar por la cuestión social desde su particular punto

* **Correspondencia:** Luis Duarte Duarte. Universidad de Valparaíso, Instituto de Historia y Ciencias Sociales. Calle Serrano 546, Valparaíso, Chile.

de vista, y para ello, por ejemplo, van a comprar, en 1892, el Diario El Chileno, que creció en tiraje de forma sorprendente, con 40.000 ejemplares durante la semana y 70.000 en los días festivos, según la información que nos entrega Leopoldo Castedo.¹ Lo que señala que la cuestión social tomaba relevancia en todos los ámbitos de la sociedad, y también al interior de la Iglesia Católica.

En el caso de Valparaíso, esta ciudad demostró ser muy sensible ante la situación del obrero, pues la miseria era alarmante. Los cesantes pululaban por las calles, especialmente en Serrano y la Plaza Echaurren, los que, impulsados por el hambre, vendían cualquier cosa, como empanadas, pan amasado, sopaipillas, mote con huesillos, etc., con gran disgusto de los comerciantes establecidos.

En este ambiente le tocó desarrollar su labor a Ramón Ángel Jara.

Este personaje nació en Santiago en 1852, por lo tanto es un hombre del siglo XIX, pero que intensificó su labor social especialmente en la última década del siglo y comienzos del siglo XX. Entró a la Universidad de Chile para seguir la carrera de abogado, pero que no terminó, pues la interrumpió para entrar al Seminario Pontificio de Santiago, ordenándose de sacerdote en 1876. Dando las primeras manifestaciones de su vocación social, dos años después funda y asesora la Acción Católica de Obreros, con el fin de asociarlos y darles formación moral y religiosa, para alejarlos de la embriaguez. El año 1883, impresionado con la gran cantidad de huérfanos de la Guerra del Pacífico, funda el Asilo de la Patria con el objeto de cobijarlos y librarlos de la mendicidad, para eso los va a ubicar en el local del Círculo de Obreros, vacío pues casi todos los socios se habían embarcado al norte enrolándose en el Ejército. Desgraciadamente, las profundas divisiones político-religiosas durante el gobierno del presidente Santa María afectaron gravemente a esta obra de bien, pues se le quitó la subvención otorgada por el Congreso, lo que obligó a Mons. Jara a reducir drásticamente el número de huérfanos.

En 1888 se funda la Universidad Católica de Santiago, siendo nombrado Secretario General de la misma, cargo que va a desempeñar hasta el año 1892; al mismo tiempo va a ser el primer director del Pensionado Universitario San Juan Evangelista, fundado por él para acoger a los estudiantes de provincia, que quedaban bastante desamparados al venir a la Capital. Sin duda respondía a una necesidad, pues a poco andar se cobijaban en él una cincuentena de universitarios.

Desgraciadamente, no duró mucho esta obra tan benéfica, pues la Guerra Civil del 91 trajo consigo su desaparición y en forma trágica, pues Balmaceda ordenó su clausura, junto con la Universidad Católica y el Círculo Obrero. Más aun, envalentonados los partidarios del Gobierno con estas medidas, incendiaron todo este complejo, ubicado en Ahumada entre Agustinas y Moneda, junto con el Banco Santiago, y la imprenta del diario "El Independiente". Fue la respuesta del balmacedismo ante la postura constitucionalista de Mons. Jara. En efecto, durante los festejos del triunfo de los revolucionarios, Don Ramón, capellán de la Junta de Gobierno, tuvo la oportunidad de expresar sus sentimientos, llorando por los muertos constitucionalistas casi sin acordarse del bando contrario. Más aún, al mencionar al presidente vencido, llegó a decir: "Todavía nos causa vergüenza el decirlo: el hijo ingrato que clavó el puñal de ese crimen en el corazón de su madre, fue el presidente de la República", olvidándose de lo dijo cuando se inauguró el viaducto del Malleco: Benditos sean los que esta idea concibieron... Guarde la historia el nombre de los magistrados que

a estas empresa consagraron su protección y sus desvelos”. Claramente se ve aquí una falta de consecuencia”.²

Una de las características de Mons. Jara fue su acendrado patriotismo, el amor a la Patria siempre estaba presente en sus discursos, pero más aún, ese sentimiento patrio se tradujo en una serie de gestos dignos de ser recordados:

En 1886, en un viaje a Tierra Santa tuvo la idea de dejar perenne recuerdo de su Patria en esas lejanas tierras, y para ello quiso colocar en la cima del monte Carmelo la estatua de la Virgen del Carmen, estatua que hizo modelar en bronce en un taller de París, y la sustentó sobre un pedestal de granito, al pie del cual colocó el escudo y la bandera de Chile, que siguieron emocionando a los peregrinos chilenos que arribaban a esas latitudes.

En 1908, pasando por España plasmó un anhelo de larga data, y luego de convencer a los obispos de las 19 repúblicas latinoamericanas de que aportaran una bandera de su respectivo país, fueron colocadas todas ellas al pie de la Virgen del Pilar, patrona de España, simbolizando la unión de todos estos países unidos por las mismas raíces y por una cultura común.

Otro hecho destacable de su vida y que tuvo repercusiones importantes desde el punto de vista diplomático, fue su viaje a Buenos Aires en noviembre de 1895, formando parte de la delegación de Mons. Casanova, arzobispo de Santiago, quien fue invitado a investir con el palio arzobispal al arzobispo de Buenos Aires. Mons. Jara, reconocido orador sagrado, pronunció una serie de discursos, de los cuales el más importante fue en el Santuario de Luján ante 15.000 personas, entre las cuales estaban las principales autoridades del país trasandino. Este discurso se centró en el valor de la paz, que aplicó a los pueblos chileno y argentino, en momentos en que la amenaza de la guerra parecía inminente. Como diría un escritor de la época. “Fue tan emocionante que puede asegurarse que con su elocuencia hizo más por la paz en un día que los diplomáticos en muchos años”.³ Y el diario La Nación de Buenos Aires diría al día siguiente. “su palabra es el triunfo de la elocuencia puesta al servicio del patriotismo y la religión”.

El hecho concreto es que a los pocos meses se iniciaron las conversaciones que cristalizaron en la firma de un pacto entre Chile y Argentina en 1896, que en 1902 sería complementado para la solución de todos los problemas de límites entre los dos países. Y para que quedara un símbolo visible de la amistad de ambos pueblos, se erigió, a inspiración de Mons. Jara, un monumento a Cristo Redentor en la cumbre de la Cordillera, en cuya inauguración estuvo, por supuesto, el señor Jara, a quien le correspondió el discurso oficial. Demás está decir que sus palabras fueron un himno magistral al don de la paz entre los dos países, cuya síntesis llegó hasta nosotros a través de estas palabras: “¡Se desplomarán primero estas montañas antes que argentinos y chilenos rompan la paz jurada a los pies de Cristo Redentor!”⁴.

El año de 1894 llega a Valparaíso, en calidad de Gobernador Eclesiástico, nombre que se le daba al representante del Arzobispo de Santiago, en cuya jurisdicción caía esta provincia, como todo el centro del país. Ciertamente en esta ciudad va a continuar manifestando sus inquietudes a favor del obrero, lo que le va a traer más de un tropiezo, como cuando es herido de un pedrazo en la

cabeza por gente que creía tener el monopolio de la protección del proletariado. Eran tiempos en que las pasiones políticas eran extremas.

En otro orden de cosas, fue reconocido en su época como el más brillante orador sagrado de la América morena, y sin duda el mejor que ha tenido el clero nacional, lo que le valió epítetos como “primer orador eclesiástico de Chile”, “primer orador católico del siglo”, y el “Crisóstomos chileno”. En todos los grandes acontecimientos, tanto nacionales como extranjeros, su figura era requerida para dignificarlos con su palabra como orador principal: En la inauguración del Cerro Santa Lucía restaurado por Vicuña Mackenna, en el Concilio Latinoamericano habido en Roma, en los esfuerzos para el logro de la paz, tanto en Argentina como en el Perú, o en el Congreso Eucarístico de Londres, era designado como el principal orador, haciendo gala de su erudición en Latín, italiano, francés y por supuesto en castellano. En los países a los que era invitado los elogios abundaban, en especial de los periódicos del lugar. La Nación de Buenos Aires decía de él: “No hay nada de comparable al eminente prelado chileno; Es el más distinguido orador sagrado de que puede enorgullecerse su patria y aun la América. De porte majestuoso, de fisonomía abierta y franca, dueño de una voz bien timbrada y poderosa, sabe dominar a las multitudes”.

Como un episodio de su vida cabe hacer notar también que en su viaje a Argentina antes mencionado, la esposa del ministro de Relaciones Exteriores argentino, le solicitó que estampara algún pensamiento en su álbum, ante lo cual, inspirado sin duda, compuso un poema a la madre, que tituló: “Retrato de una madre”, que sigue, hasta el día de hoy, tocando las fibras más sensibles de quienes lo hemos leído, y que se ha transformado en el regalo obligado en el día de la Madre.

Pero entremos de lleno al tema central de esta investigación.

Sin duda, una de sus grandes preocupaciones se centró en el mundo obrero al que veía explotado, abandonado, cobijado en los conventillos en medio de una gran promiscuidad, lo que traía consecuencias fatales como pestes, malas costumbres y embriaguez.

Fue un ideal que lo motivó desde un principio. En efecto, influenciado por experiencias tanto en Alemania con las “Asociaciones de Obreros” de Kolping, como en Francia con los “Círculos de Obreros” del Conde de Mun, organizó “La Asociación Católica de Obreros”, cuyos estatutos elaboró el mismo con la colaboración de Abdón Cifuentes, en los que destaca la formación del obrero en lo religioso, moral y cívico, constituyéndose en director general de la Obra. Junto con ello, fundó una sociedad de señoras cuyo objetivo sería reunir fondos para financiar los requerimientos económicos de la Fundación. Con esos recursos arrendó un vasto edificio en el barrio Yungay, donde comenzó a sesionar un Círculo de Obreros, con una escuela nocturna para los socios y diurna para sus hijos, una Capilla, Salones de Conferencias, de Billares y Biblioteca, con libros tanto amenos como de artes y oficios. Pero eso no fue todo, sino que fundó también una Academia de Música y Teatro para entretenimiento de los obreros. Desgraciadamente este esfuerzo no duró mucho pues, al año siguiente, se iniciaban las hostilidades con el Perú y Bolivia, lo que obligó al País a realizar un enrolamiento voluntario, inscribiéndose la casi totalidad de los obreros del Círculo, influenciados sin duda por el acendrado patriotismo de su director. Además de todo eso, tuvo la dirección de la Sociedad de los obreros de San José, institución que se había extendido por todo el país. Y para coronar su obra, fundó una revista al servicio de los obreros que llamó el “Mensajero del pueblo”.

Por otra parte, en su calidad de secretario general de la Universidad Católica de Santiago, Mons. Jara influyó para que la Universidad se acercara al mundo obrero, y para eso se abrió una Escuela Industrial de artes y oficios para hijos de obreros que funcionaría en el antiguo local del “Asilo de la Patria”, siendo su primer Director.

Pero en marzo de 1894 era nombrado Administrador Eclesiástico de la provincia de Valparaíso. De inmediato se dejó llevar por sus simpatías por la clase obrera, y aprovechando su experiencia en Santiago, se propuso fundar aquí una institución en beneficio de los obreros, lo que provocó el interés de todas las almas sensibles a la cuestión social de la Ciudad, incluidas sus Autoridades.

El 2 de Septiembre fue una fecha memorable, porque Mons. Jara dio origen a una institución obrera que tendría gran protagonismo, pues, por una parte, respondía a las expectativas del mundo obrero, y por otra, lo sería también por los bochornosos sucesos a que daría pábulo su inauguración.

En efecto, en esa fecha se inauguraba la sociedad “Unión social de orden y progreso”, organizada gracias a su iniciativa. Sin duda, era una respuesta clara a los requerimientos de León XIII en su encíclica *Rerum Novarum*. En ella se buscaba no solo la autoayuda entre los obreros, sino también su formación moral y práctica y un lugar de esparcimiento, con teatro, sala de palitroque, billares, cancha de bolos y un patio de recreo, con el objeto que en los días de descanso tuvieran una alternativa saludable frente a las tabernas que abundaban en la ciudad.

La inauguración debía realizarse en el principal teatro de la Ciudad, el Victoria, ubicado en la actual avenida Pedro Montt, el cual, a pesar de ser espacioso, no fue suficiente para albergar a todos aquellos que estaban interesados en asistir. El diario *La Unión* nos cuenta: “el Teatro ha sido por desgracia demasiado estrecho para poder satisfacer los justos deseos de todos”. Tanto es así que solo se invitó a los presidentes de cada sociedad de obreros y no a toda su directiva.⁵

Eran tiempos caldeados por las pasiones políticas y anticlericales. Los ataques de la prensa que compartía las convicciones de aquellos que creían tener el monopolio de la organización obrera, arremetían. Al instante se anunciaron protestas y manifestaciones en contra de tal iniciativa. Sin embargo, sus organizadores tenían la esperanza que esas no fueran sino bravatas que se llevaría el viento.

Pero, ¡Qué equivocados estaban! Desde temprano numerosos grupos se agolpaban en las afueras del teatro Victoria para insultar con los peores epítetos a las personas que iban entrando, entre los cuales estaban los más distinguidos personeros y damas de la Ciudad, incluyendo al Intendente y cónsules de las naciones extranjeras. Como afirma el diario *La Unión* de ese día: “lo que guiaba a las turbas del domingo no era el odio a los conservadores, era la rabia contra la sociedad entera, era el odio contra Dios”.⁶ La policía por su parte, resultaba más pasiva que en la actualidad, pues según la prensa de la época se mostraba “fresca como si tal cosa”.⁷ Dos ambientes claramente diferenciados se percibían: Por una parte, la multitud que vociferaba en la plaza, “instigada por Sergi Galleguillos, Leiva y Briones”⁸, reconocidos agitadores de la clase obrera, y al

interior del recinto, en medio del más respetuoso silencio, se escuchaban los discursos que destacaban el acontecimiento.

A las tres de la tarde, se levantó la Asamblea y se abrieron las puertas del teatro, pero a la salida la sorpresa fue tremenda, pues los esperaba una multitud enfurecida que les arrojaba naranjas y piedras, al grito de “¡Abajo y mueran los ricos, ladrones de los pobres!”, hasta que un piquete del 2° de línea se apostó en fila protegiendo a los que iban saliendo, transformándose ellos también en blanco de las pedradas. Según la interpretación del cronista, abundaban los balmacedistas, “que aún conservan en su pecho el odio a los constitucionalistas”, que profitaban insultando y atacando a la tropa. Los soldados soportaron estoicamente la lluvia de insultos y de piedras que caían sobre ellos, hasta que viendo que las señoras se desmayaban y el tumulto aumentaba en intensidad, procedieron a despejar enérgicamente la plaza, pero sin sobrepasarse, cosa que solía suceder en esa época.

Pero la situación se agravó, pues de acuerdo con el programa de festejos, a las 16 hrs. se debería iniciar una procesión, especialmente de obreros organizados, que recorrería las calles Independencia, Rodríguez y Victoria. En efecto, comenzaron a salir los primeros estandartes de los diversos centros de la Sociedad de San José desde la Parroquia del Espíritu Santo, ubicada, como todos sabemos, donde actualmente se encuentra la tienda Ripley. Las cosas se complicaron porque precisamente frente al templo se agolpaba la multitud de agitadores, que comenzaron a lanzar una lluvia de piedras y de insultos. Se hicieron intentos para apaciguarlos, pero los gritos no hicieron sino aumentar. Por lo que Mons. Jara determinó suspender la procesión para evitar mayores desmanes. Luego de esto, comenzó la gente a abandonar el templo para irse a sus casas, entre los que iban el Intendente y el Gobernador Eclesiástico. La turba siguió a la comitiva entre gritos y pedradas. Un poco antes de llegar a su casa, el Sr. Jara recibió una pedrada en la cabeza, que lo dejó bañado en sangre, por lo que fue rápidamente introducido en su casa, donde fue atendido por reconocidos médicos de la ciudad, como el Dr. Deformes, Manterota y otros. Al otro día, ya recuperada la lucidez, fue informado que el hechor había sido aprehendido y condenado, ante lo cual el Sr. Jara solicitó que lo pusieran en libertad, hasta obtener su indulto. Más aun, uno de sus biógrafos afirma que una vez liberado, lo invitó a su casa y terminaron siendo amigos.⁹

Pero la situación no se apaciguó con esto, pues la protesta degeneró en asonada, ya que se dirigieron a la Intendencia para insultar al intendente Sr. Rengifo, pidiéndole la renuncia y el castigo a la tropa por haber usado la violencia contra el pueblo. Y luego de ello, recorrieron la calle Prat y Esmeralda gritando: ¡Abajo los frailes! ¡Muera Rengifo! ¡A quemar el Espíritu Santo y La Unión! Y no se quedaron en las palabras, pues al llegar al edificio La Unión comenzó una lluvia de piedras que destrozaron todos los ventanales y pretendieron saquear el edificio, pero la sólida puerta resistió, hasta que, luego de un tiempo, apareció el ejército que dispersó a la multitud. Una cosa que llamó la atención al cronista de La Unión fue la pasividad de la Policía municipal, cuyo cuartel estaba a pocos pasos, y la atribuye a la indiferencia del alcalde, Tomás Ramos y Ramos, “que tenemos para vergüenza de nuestra localidad”¹⁰, quien prefirió la tranquilidad de su finca en el cerro de Playa Ancha.

Como resultado de los tumultos de ese día, resultaron heridos de piedra unas 20 personas, algunas de gravedad, la mayoría transeúntes desprevenidos que pasaban por ahí. También cabe

destacar que alrededor de 12 personas fueron detenidas ese día, por encontrárseles piedras en los bolsillos.

Otro efecto de estas asonadas fueron algunas solicitudes a la autoridad un tanto insólitas, como la de un grupo de jóvenes que pidió permiso a la Intendencia para portar armas; y la solicitud al gobierno central pidiendo una cantidad de rifles para organizar una guardia ciudadana para defender la vida y la propiedad en caso de disturbios.

Pero es el momento de preguntarse ¿cuál fue el detonante que provocó tanta algarabía? Como dijimos en su momento, fue la reacción frente a la inauguración de una nueva sociedad mutualista, organizada por Ramón Ángel Jara, con el nombre de “La Unión Social de Orden y Progreso”. Es posible que los adversarios a esta clase de organizaciones católicas percibieran que esta nueva institución era de largo aliento y que iba a tener un fuerte impacto en el mundo obrero de Valparaíso, como efectivamente lo fue, pues tomó rápidamente tal incremento que pronto contó con más de 2000 integrantes, por lo que fue necesario dividirla en tres secciones para cada sector de la ciudad: Puerto, Centro y Almendral, pero que dependían de una Junta Directiva Central.¹¹ Además fue una asociación que se distinguió por notables iniciativas a favor del obrero, como el Movimiento Pro Mejoramiento Económico, y la Liga de Sociedades Católicas, que tenían por objeto fortalecer las instituciones obreras y darles mayor presencia y dinamismo. Otra iniciativa, digna de ser destacada, fue la fundación de la Población Obrera “La Unión” en Cerro Cordillera, y que respondía a la necesidad de darle una vivienda digna al obrero para preservarlo de la promiscuidad de los conventillos, e indirectamente liberarlos de los “lugares de perdición”, según sus propias palabras. Se trató de una iniciativa única en Valparaíso, pues aun no adquiría fuerza la idea de la casa propia por lo menos dentro de una población obrera. En esta fundación tuvo un rol preponderante Doña Juana Ross de Edwards, quien aportó con el capital, a sugerencia de Mons. Jara. Y este, de acuerdo con el Reglamento redactado bajo su inspiración, designaba a las familias de obreros que debían ocupar los departamentos. El reglamento lo dice claramente: “Los departamentos de la casa sólo se arrendarán a obreros casados o que sean jefes de familia y que sean miembros activos y recomendables de la Sociedad Unión Social de Orden y Trabajo...”.¹² Aquí se ve la mano de Mons. Jara que quiso privilegiar a su Mutual de Obreros. El proyecto resultaba ambicioso pues era de carácter multiplicador, ya que el capital acumulado por los módicos arriendos debía ser destinado a la construcción de casas para obreros, una vez adquiridos los terrenos necesarios. ¿Y quiénes ocuparían esas casas? Los mismos arrendatarios de la Población, quienes pagarían un arriendo por un tiempo determinado, cumplido el cual, se trasladarían a las nuevas casas en calidad de propietarios.

Cabe hacerse algunas preguntas a manera de conclusión. ¿Cuál fue el carácter de ese interés por las clases populares? ¿Respondía a la mentalidad existente al interior de la Iglesia Católica de esa época o estaba motivado por criterios renovadores frente a la Cuestión Social?.

La respuesta a esta pregunta no resulta fácil, pues Mons. Jara, precisamente por sus grandes dotes oratorias, no escribía sus discursos, y por ende, no llegaron hasta nosotros, pues los periodistas más que analizar su pensamiento, se centraban en la aceptación de que eran objetos sus palabras por parte del auditorio y los cerrados aplausos que generaba.

Sin embargo, si uno analiza detenidamente sus motivaciones y sus obras realizadas, se percibe en primer lugar, una fuerte influencia de la *Rerum Novarum* en su pensamiento, no solo por el apoyo a los obreros que fue una motivación de toda su vida, sino por el golpe de timón a su trabajo social a raíz de la promulgación de esta Carta, y que se tradujo en esfuerzos concretos en bien del obrero.

No obstante, no se visualiza un cambio total en su visión frente a la cuestión obrera, pues, como es sabido, la mentalidad no cambia de la noche a la mañana, sino que es un proceso de larga duración, lo que explica que sigan primando en él criterios que pertenecen al acervo cultural tradicional, como son:

- a) La Solidaridad, que se traduce en la autoasistencialidad entre los obreros a través del Mutualismo, vale decir, por el mutuo apoyo entre los obreros a través de cuotas y aportes al compañero en falencia.
- b) La importancia que otorga a la educación, como resorte tanto del progreso como de la autodefensa de sus intereses, especialmente laborales.
- c) A su vez también, el lugar destacado que le da a la reforma de las costumbres, pues destaca los efectos lamentables de la degradación moral del obrero que daña no solo a su propia persona sino también a su familia, pues no dispondrá de los recursos necesarios para su sustento y bienestar.
- d) Además, su interés por fomentar el ahorro, que ve como un elemento esencial para progresar en la vida y para llevar una vejez sin sobresaltos. Ejemplo de ello es la medida que aparece en el reglamento de la Población Obrera, cuando dice: “El Consejo cada año podrá devolver en depósito de ahorro a uno de los arrendatarios el canon de arriendo anual que hubiese erogado, previo sorteo que se hiciere entre todos los arrendatarios que se hubiesen distinguido por su juiciosidad y observancia del reglamento interno de la fundación”¹³.
- e) Y por último, la preocupación por la higiene como un medio necesario para evitar las pestes que en esa época eran frecuentes y mortíferas.

De ahí que el mutualismo deberá responder a todos estos retos dando asistencia, educación moral y cívica y entretención, para alejar al obrero de la taberna.

Por contrapartida, en su proyecto de ayuda al obrero no aparece su organización para enfrentar los abusos del patrón, es decir, no se ve ni en proyecto la conformación de sindicatos, ni tampoco la exigencia de leyes que favorezcan al obrero. En tal sentido, creemos que Mons. Jara es parte de una tradición que encuentra en la caridad el instrumento para aliviar su situación. En otras palabras, no es una idea fuerza en su pensamiento la justicia social como tal, ni el valor del trabajo, que según la *Rerum Novarum*, no es una mercancía, y por ende, no puede estar sujeta a las leyes del mercado. Simplemente de ello no habla.

En definitiva, no es mucho más lo que se puede decir de su pensamiento, pues más que un pensador de la cuestión social fue un ejecutor, bajo el principio de que el pobre no puede esperar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Araneda Bravo, Fidel. *Obispos y Sacerdotes en la Revolución de 1891* (Santiago: Ed. Nascimento, 1980).

Centro Social de la Unión Nacional. *Boletín de las Sociedades Católicas de Valparaíso* (Valparaíso: Talleres Tipográficos de "La Unión", 1915).

Cifuentes, Abdón. *Datos Bibliográficos* (Santiago, 1920).

Heise, Julio. *Historia de Chile: República Parlamentaria, 1861-1925* (Santiago: Ed. Andrés Bello, 1974).

La Unión de Valparaíso, 1890-1900.

El Mercurio de Valparaíso, 1890-1900.

¹ Julio Heise. *Historia de Chile: República Parlamentaria, 1861-1925* (Santiago: Ed. Andrés Bello, 1974), p. 344.

² Fidel Araneda Bravo. *Obispos y Sacerdotes en la Revolución de 1891* (Santiago: Ed. Nascimento, 1980), p. 26.

³ Abdón Cifuentes. *Datos Bibliográficos* (Santiago: 1920), p. XXIII.

⁴ Cifuentes (1920), p. XXXI.

⁵ *La Unión de Valparaíso* (2 septiembre 1894), p. 4.

⁶ *La Unión de Valparaíso* (4 septiembre 1894), p. 2.

⁷ *La Unión de Valparaíso* (4 septiembre 1894), p. 2.

⁸ *La Unión de Valparaíso* (4 septiembre 1894), p. 2.

⁹ Cifuentes (1920), p. XXI.

¹⁰ *La Unión de Valparaíso* (4 septiembre 1894), p. 4.

¹¹ Centro Social de la Unión Nacional. *Boletín de las Sociedades Católicas de Valparaíso* (Valparaíso: Talleres Tipográficos de "La Unión", 1915), p. 9.

¹² "Reglamento Interior de la Población Obrera La Unión (1898)" En: Pérez del Canto. *Habitaciones para Obreros, Estudio presentado a la SOFOFA* (Santiago: 1898).

¹³ "Reglamento de la Población La Unión" En: Conservador de Bienes Raíces.

Las opiniones, análisis y conclusiones del autor son de su responsabilidad y no necesariamente reflejan el pensamiento de *Revista Estudios Hemisféricos y Polares*.

La reproducción parcial de este artículo se encuentra autorizada y la reproducción total debe hacerse con permiso de *Revista Estudios Hemisféricos y Polares*.

Los artículos publicados en *Revista Estudios Hemisféricos y Polares* se encuentran bajo licencia Creative Commons CC BY-NC 4.0

